SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

10106

LOS SEÑORITOS

COMEDIA EN DOS ACTOS

ORIGINAL Y EN PROSA

REFUNDIDA POR SU AUTOR

MIGUEL RAMOS CARRION

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

SALON DEL PRADO, 14, HOTEL

1902

6

LOS SEÑORITOS

LOS SEÑORITOS

COMEDIA

EN DOS ACTOS, ORIGINAL Y EN PROSA

refundida por su autor

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Estrenada en el TEATRO LARA la noche del 17 de Marzo de 1896

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1902

CARTA-PRÓLOGO

Al Sr. D. Francisco Flores García, Director artístico del Teatro Lara.

El 24 de Noviembre de 1874, es decir, hace ya más de ventidós años, estrenóse esta comedia con general aplauso en el Teatro del Circo. La crítica hizo elogios de ella; pero las circunstancias políticas no favorecían por entonces á los teatros, de donde alejaba al público el temor de revueltas y trastornos casi diarios, y la obra se representó solamente cuatro ó cinco noches ante un auditorio muy escaso.

Si malas eran las circunstancias porque á la sazón atravesaba España, no eran mejores las que me atravesaban á mí, por lo cual procuré vender pronto, y á cualquier precio, la desdichada comedia que tan escasos productos me ofrecía.

En balde recorrí, con el original en la mano, todas las casas editoriales: afortunadamente no quiso nadie comprar la obra, y á eso debo el conservar su propiedad, que después me ha valido algunos miles de pesetas. ¡Pocas veces se equivocan así los editores!

D. Emilio Mario, que casualmente se hallaba en Madrid, asistió al estreno de esta comedia, y fué quien primero la representó en provincias, prestándole vida

al darla á conocer, excelentemente interpretada, en Valladolid, Zaragoza y otras poblaciones importantes.

La acogida que obtuvo en estas, y más tarde en el Teatro de la Comedia, decidió sin duda á muchas compañías á representarla y quedó en el repertorio, á pesar de la escasa fortuna que presidió su estreno.

Desde aquella época tenía yo cierta predilección por esta comedia, prefiriéndola á todas sus hermanas, tal vez por ser menos afortunada que ellas, como los padres tienen mayor cariño á sus hijos más desgraciados.

Cuando usted, amigo Flores, me indicó su deseo de que la redujese á dos actos para que se representase en el teatro confiado á su inteligente dirección, la verdad, consideré la idea poco oportuna, pues creí que la obra más podía perder que ganar al ser refundida, temiendo yo que la acción resultase demasiado precipitada é injustificado, por lo rápido, el desarrollo de los caracteres.

Sin embargo, por complacer á usted, que me favorecía con tal petición y no obstante mi aborrecimiento á eso que en la jerga teatral se llama *refrito*, hice el insignificante trabajo de reducir la comedia, y hoy me felicito de ello por varias razones.

La primera es una satisfacción de amor propio muy disculpable, y que no quiero ocultar con falsa modestia: me ha sido muy grato ver que mi obra no ha envejecido, y que el público, al cabo de tanto tiempo, la ha visto con la misma complacencia y la ha aplaudido más que cuando se estrenó.

La segunda razón para alegrarme de haber cometido este pecado de servir *fiambres* al público es el

haber dado ocasión á los artistas del Teatro Lara de patentizar una vez más lo notable del conjunto que ofrecen siempre en las producciones cómicas. Todos ellos han interpretado esta con singular acierto, y me complazco al consignarlo aquí y al enviarles mi sincera felicitación: bien merecen figurar en el nuevo reparto como creadores de sus respectivos papeles.

Sólo me falta, ya que contra mi costumbre y por rarísima excepción me permito *prologuear*, dar gracias á la prensa de Madrid, unánime en los elogios que ha hecho de mi obra.

A nadie se la dediqué cuando se estrenó, porque no creí entonces que significase ni valiese nada; pero hoy que, por las circunstancias antedichas la considero un poco más digna de estimación, tengo el gusto de dedicársela á usted.

Acójala como una prueba de la amistad que le profesa su afectísimo compañero

Miguel Ramos Carrión.

Marzo, 20, 1896.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA	SRA.	VALVERDE.
CLARA		PINO (R.)
DON JUAN	SR.	LARRA.
MARTÍN		RUIZ DE ARANA.
EL VIZCONDE DE LA ENCINA.		SANTIAGO.
ENRIQUE		VALLE.
UNA CRIADA	SRTA.	SINOVA.

La acción en Madrid.—Época actual

ACTO PRIMERO

Gabinete amueblado con mucha sencillez. Puertas al foro y laterales. A la derecha balcón con cristales y visillos. Mesa con recado de escribir. Estera de cordelillo. Sillería de gutapercha. Librería figurada al foro centro. Costurero y dos butacas á la izquierda. Dos sillas de rejilla. Brasero de copa en medio de la habitación.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, cepillando la levita. Después MARÍA

JUAN ¡María! ¡María!

MAR. (Dentro.) Allá voy. ¿Qué hora es?

JUAN (Mirando el reloj.) Todavía es temprano; pero ven, que quiero hablarte.

MAR. Aquí me tienes. (Sale con la mantilla en la mano y la deja sobre una silla.)

JUAN Ven acá, mujer, ven acá, que deseo que hablemos un rato.

MAR. Todo lo que tú quieras. (Se sientan.)

JUAN Pues, señor... vamos á ver, ¿qué sientes tú hoy? Quiero saber si es lo mismo que yo.

MAR. Hombre, yo siento una alegría tal, que, te lo aseguro, hasta me dan ganas de brincar como una chiquilla.

JUAN (Abrazándola.) Lo mismo, lo mismo que yo. Verdad que el caso no merece menos.

MAR. ¡Ya lo creo!—Pero, vamos, debe ser tarde.

JUAN (Enseñándole el reloj.) No, mujer, no; tú crees sin duda que yo te engaño; mira. Son las

ocho, y hasta las nueve no llega el tren. Tomaremos un cochecito y en un momento llegamos. Y antes de ir á la estación quiero que tracemos el plan de vida que hemos de seguir de hoy en adelante.

MAR. ¡Toma! El mismo que hasta aquí.

JUAN Eso es imposible. Hasta hoy hemos vivido como unos recien casados, juntos en todas partes, sin separarnos más que las horas de oficina. Como comprendes, esto no es posible que siga cuando estén en casa nuestros hijos.

MAR. (Con cariñosa zalamería.) Pues yo quiero que siga y seguirá. No parece sino que por venir ellos hemos de separarnos nosotros. ¡No faltaba más!

JUAN No, mujer, no es eso; pero debes comprender... Clara no se separará de tí, naturalmente, y como ella viene ahora deseando ver Madrid, no creas que se va á contentar como nosotros con dar un paseíto por la Moncloa ó por los altos del Hipódromo. Adiós, paseos solitarios; no pienses más en ellos.

MAR. Pues sí pensaré; iremos como siempre... A fe que á mí me gusta dar vueltas arriba y abajo por Recoletos.

JUAN Te gustará, mujer, te gustará.

MAR. Tener que ponerse de veinticinco alfileres...

JUAN Pues yo digo que te gustará. Cuando vayas con tu hijita y veas que ella está contenta luciendo un traje nuevo, lo estarás tú también, y á mí me sucederá lo mismo con Enrique; donde él quiera iremos, y yo tan contento. Eso sí; como note que conmigo no va á gusto porque le falte libertad para algunas cosas, como por ejemplo, echar un cigarrillo ó...

MAR. ¡Fumar!

JUAN ¡Qué! Puede que te hagas la ilusión de que no fuma un muchacho de dieciseis años y educado en colegio, donde aprenden todas las picardías... si es que es picardía el fumar.

MAR. Vaya, pues ni en chanza lo digas.

JUAN Todas las madres son iguales; creeis que ninguno de vuestros hijos puede tener un defecto... ni... Vamos á ver: ¿tú crees que á Clara no le gustará ya el coquetear, de buena manera se entiende, con los pollos que la rodeen y la echen flores? Vaya, vaya; no te coja de sorpresa de nada eso, porque antes de mucho has de verlo por tus propios ojos.

MAR. ¡Oh! Yo evitaré que suceda.

JUAN Harás mal; demos á cada edad lo que le es propio. El tener sujetos á los hijos da resultados muy funestos. Lo mismo que el hacerles carecer absolutamente de dinero. De ningún modo; yo daré á Enrique de vez en cuando lo que yo calcule que él puede y debe gastar, para que nunca se vea abochornado ante sus amigos, ni tenga que pedir á nadie prestado.

MAR. Ahora que hablas de pedir, me recuerdas...

JUAN ¿Qué? ¿Se te acabó el dinero?

MAR. Ayer, como tuve que pagar la estera...

JUAN ¡Hum! Mucho se ha gastado este mes.

MAR. ¡Pues, hijo, más arreglo!...

JUAN (Sacando dinero del cajón de la mesa.) Ya, ya; pero el caso es que lo menos se aumentará el gasto mensual en quince duros... y no se puede tirar de largo. Toma; estamos á veintiseis. Estira estos cinco duros hasta el día de cobrar.

MAR. Está bien; los estiraré.

JUAN Con la venida de los chicos, el presupuesto de gastos aumenta considerablemente.

MAR. Eso es verdad.

JUAN Desde que entraron en el colegio, casi nada nos han costado, gracias á mi hermano Antonio, pero ahora... Clara en el colegio gastaba poco más que nada en vestir, y ahora ya verás, ya verás..

MAR. Yo la acostumbraré á que vista modestamente.

JUAN Sí, por lo pronto el equipo para salir del colegio ha costado dos mil reales. ¡Este golpe nos ha arruinado! Lo que es si ahora se le ocurriera al ministro dejarme cesante...

MAR. Hombre, no lo digas ni en chanza.

JUAN Por eso, por eso estoy cada vez más contento de que nuestro hijo se halle en camino de poder vivir independiente, sin necesidad de empleos ni... Seguirá su carrera, y ya con los elementos que trae del colegio, verás tú en qué poco tiempo le vemos hecho todo un hombre.

MAR. Dios lo haga. Pero tú estás con mucha calma, (Levantándose.) y es ya muy tarde.

JUAN La impaciencia te hace creer que es ya medio día. Pero vamos, si quieres.

MAR. Sí, sí; más vale esperar.

ESCENA II

DICHOS. Una CRIADA. Después MARTÍN

CRIADA Un señorito pregunta por ustedes.

JUAN, MAR. ¡Un señorito!

MART. (Corriendo á abrazarles.) ¡Tío! ¡Tía!

MAR. (Con sorpresa.) ¡Martín!

JUAN (Idem.) ¡Martín!

MAR ¿Pero cuándo has llegado?

MART. Ahora mismo.

MAR., JUAN ¡Cómo!

JUAN Y habrás venido por el Norte, es claro.

MART. Sí; ¿por qué?

JUAN (Sacando el reloj.) Pero hombre, si el tren llega á las once.. (Muy rápido lo que sigue.)

MART. Justo; y son las once y media (Sacando el suyo.)

JUAN ¡Calle! Si está parado. Se me olvidó darle cuerda.

MAR. ¡Y habrán llegado ya! Pero, ¿tú no les has visto?

MART. ¿A quienes?

MAR. A Enrique y á Clara.

MART. (Con alguna emoción,) ¡Clara! Venía...

JUAN Con su hermano; habrán llegado al mismo

tiempo que tú, y lo extraño es que no estén aquí ya.

MART. Se habrán detenido á coger el equipaje; yo, como no traigo más que una maleta á la mano...

MAR. Pero, ¿no les has visto?...

JUAN Tal vez no los conozca ya. (A Martín.) No sabes tú lo que han variado. Clara sobre todo. (A María.) Saca, saca los retratos.

MAR. ¡Verás qué mona está con el traje de colegiala!

MART. Si lo tengo. ¿No recuerdan ustedes que me lo enviaron?

JUAN ¡Ah! Sí; es verdad.

MART. No es extraño que no les haya visto, porque no me he apeado en ninguna estación. Ahí

MAR. tienes, (A Juan.) por tus distracciones me he privado del gusto de abrazarles más pronto.

JUAN Pero, mujer, ¡qué hemos de hacerle!

MAR. ¿Y ya no iremos?

JUAN ¿Para qué? ¡Nos cruzaríamos en el camino!

MART. Ya no tardarán. Si, en efecto, han venido en este tren...

JUAN De seguro. Nos pusieron un telegrama desde San Sebastián.

MAR. (Quitándose la mantilla con mal humor.) ¡Vaya, ahora tendremos que estar esperando aquí impacientes!.. ¡Ah! Creo que para un coche á la puerta. (Va al balcón y le abre. Tras ella van don Juan y Martín.) No; no son ellos. (Martín y Juan vuelven al proscenio. María queda en el balcón.)

JUAN ¿Y cómo tú por aquí? Amigo, hecho ya un hombre. . ¡Cómo pasa el tiempo! Parece que fué ayer, y hace ya cuatro años que nos vimos en Valladolid, cuando fuí á Francia á llevar los chicos al colegio. ¿Y á qué vienes? ¡Pero, María, cierra ese balcón, que entra un frío horrible!...

MAR. (Entrando.) Calla, hombre, calla; ya cierro. Estaba viendo si venían.

JUAN Sí; por estar tú al balcón, van á tardar menos...

MART. El recoger los equipajes es tan pesado, y hay tanto barullo, que aún tardarán algo.

JUAN Conque dinos á lo que vienes. (Se sientan.) Siéntate. (María se sienta también, y durante toda la escena se levanta varias veces á mirar por el balcón, volviendo á sentarse luego.)

MART. Pues vengo á ejercer mi profesión á Madrid.

JUAN ¡Hola! Pero habrás pensado que aquí se necesita mucho tiempo para darse á conocer, y...

MART. Vengo llamado por el doctor Molina, que, como sabe usted, era íntimo amigo de mi padre, y que me ofrece parte de su gran clientela.

JUAN Pues has hecho tu suerte.

MART. Así lo creo.

JUAN Te doy de todo corazón la enhorabuena.

MAR. (Volviendo del balcón.) Y yo también.

MART. Muchas gracias; ya sabía que ustedes habían de alegrarse, como yo mismo... ¿Y de dónde viene Clara?

JUAN Del colegio.

MAR. Yo creí que aún tardaría en salir.

JUAN Terminó completamente su educación, y vuelve á nuestro lado para no separarse ya...

MART. ¿Y Enrique?

JUAN Viene de Bayona, de casa de su tío Antonio, donde ha estado un año. Se empeñó en llevársele á su lado cuando le sacó del colegio y yo ahora escribí á su tío para que Enrique acompañase á su hermana hasta Madrid.

MART. De manera que hace ya que no les ven ustedes...

JUAN ¡Cuatro años!

MAR. (Que vuelve del balcón en este momento.) ¡Cuatro años, dos meses y diecisiete días!...

JUAN Buen sacrificio ha sido para nosotros. Pero, ¡qué remedio! Hemos querido, ante todo, ya que no se les pueda legar un capital á nuestra muerte, dejarles siquiera una educación brillante.

MART. Muy bien pensado.

JUAN Mal acostumbradillo vendrá Enrique, porque su tío creo que le mimaba mucho, y

como tiene dinero y es ya viejo, le habrá satisfecho todos los gustos.. Escribía el pobre afligido con la idea de que Enrique se viniera... Pero no hay remedio; el chico tiene ya dieciséis años, y es necesario que empiece su carrera.

MAR. (Que está junto al balcón. Abriéndolo.) ¡Ay! ¡Ha parado aquí! (Martín y don Juan se levantan. María, entrando del balcón y saliendo por el foro rápidamente.) ¡Ellos son! ¡Ellos son!

JUAN ¡Ah! (Sale tras ella.)

ESCENA III

MARTÍN, solo. Queda de pie y como prestando oído á lo que sucede fuera

MART. ¡Voy á verla! ¡Parece que el corazón quiere salírseme del pecho! (Suenan dentro las voces de María, don Juan, Clara y Enrique que dicen: ¡Papá! ¡Mamá! ¡Hijos! ¡Hijos míos!)

ESCENA IV

DICHO, MARÍA, DON JUAN, CLARA y ENRIQUE, con dos elegantísimos trajes de camino. Al entrar en la escena vienen todavía abrazados María y Clara, y don Juan y Enrique. Martín se adelanta á recibirlos, dirigiéndose á Clara

MAR. (Llorando.) ¡Hija mía!

CLARA ¡Mamá!

MAR. ¡Hijo! (Abrazando á un tiempo á Enrique y á Clara, que la besan.)

JUAN ¡Qué guapos están los dos! (Abrazándolos.) ¿Eh? (A Martín.)

MART. Prima...

MAR. (Al ver que Clara desconoce á Martín.) Es Martín. (Le da la mano, saludándole con una seriedad afable.)

JUAN (A Enrique.) Abraza á tu primo.

ENR. (Abrazándole.) ¡Ah, primo! (Un primo nunca viene mal.)

MAR. Venid, venid á mi lado, hijos míos.

JUAN Sí, á nuestro lado. (Se sientan. Martín algo separado.)

MAR. Conque, decidnos: ¿qué tal viaje habéis traído? Habladnos de todo.

JUAN Eso es, de todo.

ENR. Hemos venido bien, muy bien. Con mucho frío, eso sí, porque están mal acondicionados los coches...

JUAN (Yendo al brasero.) Pues ven acá, hijo, ven á calentarte.

ENR. Traigo los pies como el hielo. (Se sienta ante el brasero.)

MAR. Y tú, hija mía, ¿tienes frío también? (Besándola.)

CLARA (Levantándose.) No, al contrario; lo que estoy es rendida de venir sentada tanto tiempo.

JUAN (Reparando en una caja que Enrique no ha dejado de la mano.) ¿Qué es eso?

ENR. Una compra que he hecho en Bayona. Un neceser de afeitar.

MAR. Pero, ¿te afeitas?

ENR. No... pero para cuando me afeite. Es elegantísimo. Mira, (Abriéndolo.) con los cabos de plata... Me ha costado ciento sesenta francos.

JUAN (¡Caracoles!)

MAR. (A Enrique.) ¿Y tu tío, cómo quedaba?

ENR. Bueno, muy bueno; lleno de manías, como todos los viejos, diciendo que de este invierno no sale, y que... ¡qué se yo! Tonterías... (Clara, mientras hablan los demás, se ha ido acercando al balcón y mira por él.)

MART. (Contemplando á Clara.) (¡Está lo mismo que en el retrato!)

CLARA (Separándose vivamente del balcón.) (¡Allí está, allí está, quieto como un guardacantón! Dios quiera que mamá no se fije...) (Sigue andando de un lado á otro.)

MAR. Ven aquí, Clara, á mi lado, y dime si te alegras de haber salido del colegio; en fin, háblame algo.

CLARA Si...

ENR. Sí, sí, alegrarse; buena tonta está. Si vieras

los lagrimones que vertía al despedirse de sus compañeras... qué gimoteos y qué bobadas....

MAR. Eso es natural. Estando tanto tiempo al lado de unas mismas personas, se les toma cariño...

JUAN Es claro.

CLARA Ya ves, mamá, dejo tantas amigas... y gracias á que la que más quiero no está allí ya. Hace dos meses que la sacó del colegio su familia y vive en Madrid. La he escrito anunciándole mi llegada y diciéndole las señas de esta casa para que venga hoy mismo. Nos queremos mucho, muchísimo. Ya verás; es una chica tan buena y tan elegante.

ENR. Muy mona, muy mona es. A mí me gusta mucho.

MAR. ¿Y quién es?

CLARA Elvira.

MAR. Ah, sí: me has hablado de ella en muchas cartas.

CLARA Es mi mejor amiga; siempre estábamos juntas en el colegio...

MAR. Pero vosotros tendréis ganas de almorzar... Voy allá dentro...

ENR. Sí, mamá, sí; estoy pronto á devorar; ¡el viaje me ha abierto el apetito de un modo extraordinario... *epouvantable!*

MAR. (Besándole.) Así me gusta, que tengas apetito; eso prueba que estás bueno. Vuelvo al instante. (Da otro beso á Clara y vase por el foro izquierda.)

ESCENA V

DICHOS, menos MARÍA

JUAN Pero, Martín, acércate; estás ahí tan retirado. (Martín se aproxima á ellos. Clara va hacia el balcón.)

CLARA (Mirando á la calle.) (¡Qué tonto! Pues no esta allí todavía... Sin duda no ha entendido mi seña.)

ENR. (A Martín.) ¿Y hace mucho que estás en Madrid?

MART. Acabo de llegar. He venido en el mismo tren que vosotros.

ENR. ¿En el mismo tren?...

MART. Sí; no me he apeado en ninguna estación; por eso no os he visto.

ENR. Pues no venía más que un coche de primera clase.

MART. Es que he venido en segunda.

ENR. ¡Ah, ya! Para mayor comodidad, ¿eh? (Con ironía.)

MART. (Con seriedad.) No; porque es más barato. (¡Qué necio es mi primito!)

CLARA (Riéndose.) (¡Qué económico es mi primo!) (Vuelve cerca del balcón.) ¡Já, já, já!

JUAN (Acercándose á Clara.) ¿De qué te ríes, hija mía?

CLARA De nada. (Sigue mirando por el balcón.)

JUAN ¿Qué miras?

CLARA (Separándose.) Nada, la calle.

JUAN Pues no tiene mucho que mirar; es bien solitaria.

ENR. Eso he notado. No sé cómo vivís en un sitio tan poco céntrico; debemos mudarnos al momento... (Don Juan le mira con extrañeza.) Tiene esta casa una entrada tan fea... una escalera tan obscura... Y las habitaciones veo que no están decoradas con gran gusto, ni... Verdad es que tenéis un mueblaje tan feo y tan antiguo... y hasta incómodo; esta silla parece que está rellena de adoquines... Debéis variar todos estos muebles. Los viejos no sabéis ya nada; (Medio de broma.) es necesario que os enseñemos los hijos. .

JUAN (Turbado.) Sí, sí... ya... ya los variaremos. (Aparte y en voz baja á Martín.) Mal acostumbrado viene este chico. (Llamando.) ¡María, María!

MAR. (Desde dentro.) ¡Allá voy! ¡Ya va á estar!

JUAN ¡Esta criada me desespera! Es lo más pesado y más...

ENR. ¿No estais contentos con la cocinera? Siento no haberlo sabido, porque el tío tenía una excelente. Y si me lo hubieses dicho, la hubiera traído conmigo. Es extraordinaria-

mente barata. No le da mi tío más que veinte francos diarios para la compra, y pone unos almuerzos y unas comidas *á merveille*... Pero si quieres que venga, escribe al tío y nos la enviará, sabiendo que es capricho mío...

JUAN — No, no es necesario. Ya... ya buscaremos otra (Lo que digo, viene muy mal acostumbrado.)

MART. — Tío, yo quisiera arreglarme algo antes de almorzar.

JUAN — Sí, hombre, sí, ven conmigo á mi habitación, hasta que dispongan una para tí. Vamos.

MART. — Vamos.—Hasta luego. (A Clara y Enrique.)

ESCENA VI

ENRIQUE y CLARA; ésta junto al balcón

ENR. — (Sentado junto al brasero.) Clarita, ¿qué te ha parecido nuestro primo?

CLARA — No es feo, pero algo encogido...

ENR. — ¡Pobrecillo! Ya ves, no habrá salido nunca de su provincia... (Volviendo la cabeza y levantándose.) ¿Pero qué diablos haces junto al balcón que no te separas de ahí?

CLARA — (Separándose y trayendo á Enrique hacia el proscenio.) Chist: calla, por Dios, no vayan á oir papá ó mamá...

ENR. — ¿Qué?...

CLARA — Está en la calle.

ENR. — ¿Quién?

CLARA — ¡Él!

ENR. — ¿Y quién es él?

CLARA — Fernando; el que te dije que me hacía el amor desde ha seis meses, cuando fué á sacar del colegio á su hermana.

ENR. — Ah, sí. Ya no me acordaba. Te oí entre sueños en el tren hablarme de eso.

CLARA — Pues calcula tú si me querrá, que cuando hemos llegado aquí, ya estaba él rondando la casa. Como yo le escribí á dónde venía.. Le he hecho señas para que se vaya, porque hace mucho frío y me da lástima verle, y

no quiere irse y está pasea que pasea... si es lo más constante.. ¡Ya ves, hace dos meses que tenemos relaciones!... Oye, vé con disimulo al balcón, y dime si te parece bien; verás qué muchacho tan elegante.. Pero no te fijes mucho, no vaya á conocer...

ENR. ¿Y qué? (Se acerca al balcón y mira.) No veo á nadie.. ¡Ah! Sí, sí, allí hay uno parado... ¡Calle! Sí, es él, no hay duda...

CLARA ¿Quién?

ENR. El Vizconde de Encina.

CLARA ¡El mismo! ¿Le conoces?

ENR. Si es muy amigo mío. Nos hemos tratado lo menos, lo menos... un mes... En Bayona estuvo el verano pasado y fuimos juntos á Biarritz.

CLARA ¡Ay! qué gusto, así podrá venir á casa... ¿verdad?

ENR. ¿Que podrá?... ya lo creo; ahora mismo. (Abre el balcón y sale á él. Llamando.) ¡Fernando!

CLARA ¡Qué placer! ¡Estoy loca de alegría! (Da un salto palmoteando y la sorprende así don Juan.)

ESCENA VII

DICHOS y DON JUAN

JUAN ¿Qué es eso?

CLARA (Ruborizándose.) Nada... que... que... estoy muy alegre de verme ya en casa.

JUAN Mas vale así, hija mía.

ENR. (Entrando del balcón.) ¡Ya sube!

JUAN ¿Quién?

ENR. ¡Ah!—Un amigo mío, que pasaba por la calle y le he llamado; el Vizconde de Encina...

JUAN Hombre, y ahora que vamos á almorzar...

ENR. ¿Y eso qué? Almorzará con nosotros si quiere. Así como así, á mí me aburre comer sin algún convidado... (Vase rápidamente por el foro derecha.)

JUAN ¿Sí, eh? (¡Pues me gusta!)

ESCENA VIII

DICHOS y el VIZCONDE

ENR. (Abrazándole.) ¡Ah! ¡Mon ami!
VIZC. ¡Ah, mon cher! (Saludando.) Señorita, á los pies de usted. Caballero...
ENR. (Presentándosele.) El Vizconde de Encina; tengo el gusto de presentártele, papá.
JUAN ¡Muy señor mío!—Tome usted asiento.
ENR. Asseyons nous, mon ami. (Se sientan. Clara va á sentarse también.)
JUAN Anda, hija mía, vé si tienen dispuesto el almuerzo, porque tu mamá está ya esperando. (Veremos si entiende la indirecta y se marcha pronto.)
CLARA (¿Hacerme ahora marchar?) ¿Dónde está mamá?
JUAN Allí, por allí enfrente. (Señalando al foro izquierda.)
CLARA (Rápido al Vizconde.) (Volveré.)
VIZC. A los pies de usted, señorita... (¡Te quiero mucho!)
CLARA (¡Y yo!) Beso á usted la mano. (Vase.)

ESCENA IX

DICHOS menos CLARA

ENR. ¡Quelle agrêable surprise!
VIZC. Moi aussi je suis bien content de te revoir. ¿Et vas tu rester longtemps á Madrid?
ENR. Je ne pars plus.
VIZC. Tant mieux. Nous allons bien nous amuser ensemble.
ENR. ¡Pour sur!
JUAN (¡Me estoy enterando!)
VIZC. ¿Tu es venu avec ta sœur?
ENR. Oui; j'ai été la prendre á son college á Ba-

yonne: elle m'a dit que c'est lá qu'elle á fait ta connaissance.

VIZC. En effet; c'est la que j'ai eu le plaisir de la voir plusieurs fois, j'allais souvent au collège par ce que j'avais la une cousine: la fille du Conte de Campo Verdé.

ENR. Je ne la connais pas.

VIZC. Elle vient de partir pour Paris avec ma tante et ne reviendra qu'au printemps. Qui m'aurait dit que nous nous retrouverions ici! (Riendo)

ENR. (Riendo también.) Eh bien...; me voilá.

JUAN (Riendo como ellos.) (Es muy divertido esto.)

VIZC. ¡Oh! Tu verrá, mon ami...

JUAN (Interrumpiendo con amabilidad) Señores, ¿les sería á ustedes indiferente hablar en español?

VIZC. ¡Ah! Sí, si, por mí.. (¿Si no entenderá este hombre?..)

ENR. ¡Já, já, já! La costumbre.

VIZC. Justo: la costumbre...

JUAN ¡Ah, ya! Usted, por lo visto, se ha educado también en Francia...

VIZC. No, educarme no; me he educado en España.

JUAN Ya; habrá usted vivido allá mucho tiempo.

VIZC. Los veranos suelo ir...

JUAN Como decía usted que hablaba el francés por costumbre...

VIZC. Eso es, por la costumbre de la buena sociedad. (Este hombre es un ignorante.)

JUAN (Me carga este titere)

ENR. No extrañes que mi papá no esté muy al corriente de ciertas cosas.... Como todos los de su tiempo, está montado á la antigua...

JUAN Oye, hijo, yo no estoy montado de ninguna manera. Lo que sí extraño, porque lo es en efecto, es que teniendo nuestra buena sociedad, como dice este caballero, un idioma propio, tan hermoso como el castellano, se exprese por moda en otro ajeno y pobre y....

VIZC. ¡Ah, no, no, no! Eso dispénseme usted, pero pobre... No es ciertamente tan rico *come la dolce lingua italiana; má...*

JUAN (Repito que me carga este titere.)

VIZC. (Sacando la petaca con cigarros puros.) ¿Un cigarro?

ENR. Gracias, no fumo sino de papel. (El Vizconde ofrece á Enrique, que toma uno y lo enciende.)

JUAN (Observando á Enrique con sorpresa.) (Anda, anda, y creía su madre que no fumaba ni aun cigarrillos.)

VIZC. ¿Y tú vienes ya á instalarte definitivamente en Madrid, eh?

ENR. Sí.

JUAN (¡Y qué bien echa el humo por las narices!)

VIZC. ¿Y á dónde piensas ir por las noches ahora?

ENR. Hombre todavía no lo sé.

VIZC. (A Juan.) ¿Ustedes tienen abono en el Real?

JUAN No, no señor.

VIZC. (A Enrique.) Tú, por supuesto, pensarás abonarte.

ENR. ¡Es claro, hombre!

JUAN (¡Pues no dice que sí!..)

VIZC. Te lo digo porque podemos tener juntas las butacas. Un amigo mío se marcha á Italia y te traspasará con mucho gusto su abono.

ENR. Pues sí, sí, que cuente conmigo.

JUAN Sí, que cuente. (Adoptando la misma actitud del Vizconde y como dándose mucha importancia.)

VIZC. (Después de mirar el reloj.) Yo dejo á ustedes; con su permiso... (Se levanta.)

ENR. Quédate á almorzar con nosotros.

VIZC. Gracias, lo he hecho ya; hoy he madrugado mucho y he almorzado fuera de casa. Comer, no como nunca en ella; tengo repartidos todos los días de la semana con distintas personas...

ENR. Pues es necesario que un día lo dediques para darnos ese gusto.

VIZC. Bueno, si tú vienes otro á mi casa.

ENR. El que tú quieras.

VIZC. Pues los jueves... los jueves no; los viernes me tendrás á almorzar contigo.

ENR. En eso quedamos.

JUAN (Sí, en eso quedamos.)

VIZC. Voy á visitar á un amigo, aquí en esta misma calle, y volveré después á buscarte para que demos una vuelta por ahí.

ENR. Me parece muy bien; aquí te espero.

VIZC. (A don Juan.) He tenido tanto gusto en conocer á usted Alcalá, 68, principal, me tiene á sus órdenes.

JUAN Gracias; usted ha tomado posesión de esta casa.

VIZC. Gracias; hasta luego.

ENR. ¿No tardes, eh?

VIZC. No. Volveré pronto.

ENR. Cúbrete, hombre, cúbrete; no gastes cumplidos.

VIZC. ¡Adieu, mon ami!

ENR. ¡Au revoir! (El Vizconde se pone el sombrero y sale por el foro con Enrique.)

ESCENA X

DON JUAN, después María y CLARA por la izquierda segunda puerta

JUAN ¿Pero este hijo mío se figurará que tenemos una California en los bolsillos?

CLARA (Saliendo.) ¡Ay! ¡Ya se fué!...

MAR. (A Clara.) Anda, hija mía, vé á arreglarte un poco para almorzar. Aquella es tu habitación. (Señala á la segunda puerta de la izquierda.)

CLARA ¿Qué prisa tendría de irse ese tunante? (Vase por donde está indicado. Al mismo tiempo, entra Enrique por el foro.)

MAR. Vé á disponerte para almorzar, Enrique. Tu cuarto es aquel. (Segunda puerta derecha. Vase Enrique por ella.)

JUAN Oye, María, esto es grave... (Sale Martín por la primera izquierda.)

ENR. (Volviendo á salir.) Papá, llama á mi ayuda de cámara. (Vuelve á entrar. María y don Juan se quedan mirándose, y les saca de su asombro la voz de Clara que sale y vuelve á entrar inmediatamente, sin esperar contestación.)

CLARA ¡Mamá, que venga mi doncella!

ESCENA XI

DON JUAN y MARÍA, que han quedado más sorprendidos

MAR. ¡Doncella!
JUAN ¡Ayuda de cámara!
MAR. Como vienen acostumbrados... Vaya, por hoy seré yo su doncella. (A Martín, riéndose.)
JUAN (A Martín, riéndose.) Y yo por hoy seré su ayuda de cámara. (Vanse cada uno por las puertas que se indican, que dan á los cuartos de sus hijos.)

ESCENA XII

MARTÍN

¡Y lo echan á broma! ¡Qué error! ¡Qué error tan grande! Por lo que se ve, mis pobres tíos, sacrificándose por Clara y por Enrique, han hecho de ellos dos señoritos con una educación excelente; pero... muy mal educados (Pausa.) Y Clara acostumbrada á vivir como las hijas de los ricos, soñará con un matrimonio acomodado á sus aspiraciones... De seguro. Mis esperanzas han sido un sueño; yo he de parecerle muy poco... ¿Quién sabe? ¿Por qué no confiar? Si logro inspirarle algo de este amor que siento por ella, yo conquistaré bien pronto su cariño.

ESCENA XIII

DICHO y MARÍA por la segunda izquierda

MAR. ¡Vaya si tiene gracia!
MART. ¿Qué hay, tía?
MAR. ¿Qué ha de haber? Lo natural; viene acostumbrada á ver grandezas y los primeros días ha de hacérsele muy cuesta arriba lo modesto de nuestra casa. ¡Pobrecilla! Ya se irá acostumbrando. Ea, voy á preparar el almuerzo. (Vase por el foro izquierda.)

ESCENA XIV

MARTÍN, luego CLARA por la segunda izquierda

MART. ¡Quiera Dios que pueda acostumbrarse!

CLARA (Saliendo.) Hola, primo. (Se sienta.)

MART. ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa? ¿No estás contenta al verte al lado de tus padres?

CLARA Pues ya lo creo. ¿No he de estarlo? Pero... mamá acaba de decirme una cosa que me ha disgustado mucho.

MART. ¿Sí? ¿Qué es ello?

CLARA Que no hay en la casa más que una criada, solo una... ya ves; no estaremos muy bien servidos

MART. ¡Y qué remedio, hija!... Tus padres no son ricos...

CLARA Es verdad; desgraciadamente. En fin, nos conformaremos; todo se reduce á esperar. (Se levanta.)

MART. ¿Esperar qué?

CLARA Toma; pues á pescar un novio rico.

MART. No digas eso.

CLARA ¿Por qué?

MART. ¿Y si te enamoras de uno que sea pobre?

CLARA Ya procuraré yo evitarlo.

MART. ¿Qué sabes de eso? Tú no has amado aún; eres una niña.

CLARA ¡Una niña! ¡Y que no he amado! Pues te equivocas, primo.

MART. ¡Cómo!

CLARA ¡Gracioso sería que no hubiera amado á los diez y siete años! Vaya, vaya, bien se conoce que vienes de una provincia.

MART. ¡Ah! ¡Conque has amado!

CLARA Amo, amo.

MART. ¿A quién?

CLARA Me gusta la curiosidad; ¿y á tí qué te importa?

MART. ¡Ah! Sí... tienes razón. (No sabe el daño que me ha hecho)

CLARA En los colegios se aprende mucho, y aunque

yo hubiera sido tan desgraciada que nadie me hubiese dicho te quiero... sabría perfectamente lo que era el amor.

MART. ¿Y qué piensas tú que es el amor?

CLARA ¡Vaya una pregunta graciosa! El amor es... no sé cómo explicártelo, pero lo sé perfectamente. El hacerse el amor consiste en escribirse cartas muy tiernas, y en pasear el amante la calle de su amada, aguantando el sol en Agosto y la nieve en Enero; asomarse una al balcón para verle pasar y recrearse en su constancia; tener el gusto de poder decir á las amigas: mi novio es más guapo y más rico que el tuyo; y por fin casarse, si la posición del novio lo consiente.

MART. ¡Ah! ¿Conque tú comprendes el amor así?

CLARA Pues es claro; ¿cómo he de comprenderlo?

MART. Pues no es así.

CLARA ¿No? Pues dime, dime cómo es.

MART. El amor es un sentimiento que funde dos almas en una, y el hombre que ama verdaderamente, puede no pasear la calle ni acaso escribir cartas, ni tal vez decírselo á la mujer que ama. Tal puede ser el amor, que permanezca sin manifestarse, oculto en el alma. Amor es no pensar sino en la mujer amada, desearlo todo para ella: gloria, posición, felicidad; amor es no comprender la dicha sin el ser amado, amor es... amor. No sé decírtelo de otro modo...

CLARA ¿Sabes que más que un médico pareces un poeta?

MART. Cuando del amor se siente lo que se dice, las palabras son siempre poéticas.

CLARA ¿Luego estás enamorado? ¿Y quién es ella? En mí no es extraña la curiosidad, que al fin y al cabo soy mujer...

MART. La que yo amo es casi una niña. Creo que todavía no ha amado. Si pudiera comprender todo el cariño que para ella encierra mi pecho, me querría de seguro. Si ella supiera que sólo ambicionando su amor he estudiado con afán los últimos años de mi carrera, que mi única aspiración era poder ofrecerla

una posición que compartir conmigo, un cariño puro y sincero, que difícilmente podrá encontrar en otro hombre; si ella supiera todo esto, no podría amar á nadie sino á mí.

CLARA ¿Y no te quiere?

MART. No lo sé.

CLARA Pareces tonto; ¿y por qué no se lo preguntas?

MART. Soy el hombre que llega al sitio donde cree que existe un tesoro y retrasa el instante de verlo, ese instante esperado con ansia, porque teme que se desvanezcan todos los sueños que le han halagado tanto tiempo.

CLARA (¡Qué bien se expresa el diablo del primo!)

MART. Tú no puedes comprender todo esto.

CLARA ¡Dale con que no puedo comprenderlo! ¡Mire usted que es manía! ¿No te he dicho que sé perfectamente lo que es el amor, que amo? Ya conocerás á mi novio.

MART. ¡Ah! ¿Con que tienes un novio?

CLARA No; tengo dos. (Con la mayor ingenuidad.)

MART. ¡Cómo!

CLARA ¿De qué te asustas? Elvira tiene cuatro.

MART. Y tú... ¿sólo tienes dos? Bien poco es.

CLARA Eso digo yo. Y verdaderamente no tengo más que uno, porque el otro, es así como si dijéramos... de reserva. Es un chico de Bayona, hijo de un comerciante muy rico. El pobrecillo es feo, la verdad; pero es muy rico, muy rico. A ese le tengo para último caso, por si me falta este.

MART. ¿Y quién es este?

CLARA El Vizconde de Encina. Un muchacho muy elegante; aquí ha estado esta mañana y volverá luego. Ya le verás...

MART. ¿Y le quieres mucho?

CLARA ¡Hombre, me gusta la pregunta! Es un muchacho simpático, elegante, rico. ¿Por qué no he de quererle?

MART. ¿Y él, te quiere; estás segura de ello?

CLARA ¡Bah, ya lo creo! Pues poquito que ha paseado la calle. Es el hombre más constante...

MART. (¡Es una niña!) (Queda pensativo.)

CLARA (Lástima que tenga ese aire tímido de provincia: es muy simpático mi primo.) ¿Qué tienes, estás triste?

MART. No.

CLARA ¡Ah, vamos; ya comprendo... la ausencia! Tu amada se habrá quedado allá.

MART. No; está aquí.

CLARA ¿Y es guapa?

MART. Como tú.

CLARA Primo, no sé si me has dicho una galantería.

MART. Es preciosa.

CLARA Muchas gracias. ¿Tienes su retrato?

MART. Lo llevo siempre conmigo. (Sacando del bolsillo una cartera-petaca.) Aquí, sobre mi corazón.

CLARA ¡Ay, enséñamelo!

MART. No... no es posible.

CLARA ¿Por qué?

MART. Porque no puedo.

CLARA Eso es que es fea.

MART. ¡Tan hermosa como tú, te lo repito!

CLARA ¡Bah, si fuese guapa me la enseñarías! ¡Pues no sois vanidosos los hombres! Estoy segura de que es horrorosa.

MART. Si lo dices porque te enseñe el retrato, nada conseguirás.

CLARA No, hijo, no; empapélala y buen provecho te haga. (Vaya, algún mamarracho. Pues él merecía otra cosa.) ¿Conozco yo á tu amada? (De pronto.)

MART. Sí

CLARA ¿Es amiga mía?

MART. ¡No!

CLARA ¡Sabes que vas picando mi curiosidad!

MART. Pues es inútil que insistas... ¡No he de decirte quién es de ningún modo!

CLARA Eres muy amable, primo.

MART. Siento no poder complacerte.

CLARA Insisto en que es fea... feísima, ¡horrorosa!

ESCENA XV

DICHOS y MARÍA por el foro izquierda

MAR. Clara: aquí está la amiga á quien esperabas, á la sala ha pasado.

CLARA ¡Ah, Elvira; cuánto me alegro! Avisa á Enrique, mamá. (Vase corriendo por el foro izquierda.) ¡Elvira! ¡Elvirita!

MAR. ¡Enrique, Enrique! (Entra en el cuarto.)

MART. ¡Adiós mis ilusiones, adiós mis proyectos, adiós todo!

ENR. (A María.) ¿Dónde está, dónde está?

MAR. Por allí, en la sala.

ENR. (Acercándose á Martín.) Chico, es una muchacha *merveilleuse, epatante.* (Vase por el foro izquierda. Martín quédase muy pensativo. Sale María de la segunda derecha, y acercándose de pronto á Martín le dice:)

MAR. Os estoy haciendo un arroz con pollos.. hasta allí. (Vase foro izquierda. Don Juan hace una pasada sin hablar desde la segunda derecha á la primera izquierda.)

ESCENA XVI

MARTÍN

¡Para pensar en pollos estoy yo ahora! A los dos que le hacen el amor á Clara, los ponía yo de buena gana en ese arroz.

ESCENA XVII

DICHO y el VIZCONDE

VIZC. Beso á usted la mano.

MART. Servidor de usted.

VIZC. (¿Quién será este prójimo?) (Se sienta.)

MART. Sírvase usted tomar asiento. (Sin ver que lo ha hecho ya.)

VIZC. (Tararea á media voz.) *La donna e móvile cual piuma al vento*, etc.

MART. (¡Valiente mosquito!) ¿Busca usted á don Juan?

VIZC. ¿Y quién es don Juan?

MART. El dueño de esta casa.

VIZC. ¡Ah, no! Busco á su hijo.

MART. Tal vez no le hayan avisado. Con permiso de usted voy á decirle que le esperan.

VIZC. Adiós. (Sigue tarareando.)

MART. (Hombre, me gusta la franqueza.) (Vase.)

ESCENA XVIII

El VIZCONDE, luego ENRIQUE

VIZC. Pues señor, decididamente hay que marchar por otro camino. Se conoce que esta es una familia cursi que ha educado á sus hijos en Francia para darse tono. Mejor que mejor. Así mi conquista será más provechosa. Lo malo será que Clara se esté por allá dentro y no pueda yo darle la carta... El método que la indico preparará bien el terreno. Por ahora seguiré haciéndole el amor como hasta aquí, y luego... ¡Quién sabe! ¿Estará enterado de nuestras relaciones el hermanito? Esto sería un inconveniente.

ENR. (Saliendo.) ¡Vizconde!

VIZC. Ya ves que he cumplido mi palabra de volver pronto.

ENR. Dispénsame que te haya hecho esperar. He estado saludando á la muchacha más bonita que puedes figurarte.

VIZC. ¿Sí, eh?

ENR. Una amiga de mi hermana, preciosa, chico, preciosa. Compañera suya del colegio de Pau, tú debes conocerla.

VIZC. ¿Cómo se llama?

ENR. Elvira.

VIZC. ¿Elvira Cortés?

ENR. La misma.

VIZC. (Santo Dios!)

ENR. ¿Qué?

VIZC. Nada, nada. Sí... la conozco algo .. (Maldita casualidad.)

ENR. ¿Bonita, eh?

VIZC. Sí, muy bonita. (Bonita se va á poner si se descubre ..)

ENR. ¿Conque saldremos á dar una vuelta?

VIZC. Como quieras.

ENR. Pues ven á mi cuarto. Voy á vestirme.

VIZC. (¡Si ella saliese!) Te aguardaré aquí.

ENR. Al momento vuelvo. (Vase segunda derecha.)

FSCENA XIX

El VIZCONDE, después MARÍA

VIZC. Me he lucido. Las mujeres se lo cuentan todo. De seguro á estas horas sabe ya que hago el amor á la otra. Ahora es preciso más que nunca darle la carta... ¿Cómo me compondría? Es preciso que yo la hable... (Viendo aparecer á María, que trae un vestido en el brazo y viene todavía con las mangas subidas y el mandilón puesto.) ¡Ah, la criada! Esto es lo mejor. (Con la mayor rapidez posible.) Oiga usted, es necesario que dé usted esto á la señorita. Llévesela usted con cualquier pretexto... Recompensaré. (Le da la carta. María queda sorprendida. El Vizconde entra por la misma puerta que Enrique tarareando.)

ESCENA XX

MARÍA, después DON JUAN

MAR. ¡Oiga usted! ¡Qué es esto! ¡Ay, ay, ay! Pues temprano empezamos... Y me ha tomado ese títere por la criada. Esto será alguna declaración, como si lo viera... (Abre la carta.) «Clara mía.» ¡No, pues no es una declaración!

JUAN. ¿Qué es eso?

MAR. ¡Una friolera! Una carta que me ha dado ese amiguito de Enrique tomándome por la criada.

JUAN ¡Cómo!

MAR. Toma, lee.

JUAN «Clara mía.» ¡Suya! ¡Habrá monuelo! «Necesito hablarte.»

MAR. ¡Y la tutea!

JUAN ¡Claro! ¡La llama suya! «Vendré todos los »días á buscar á tu hermano, y por si hay »dificultad para darte las cartas, las dejaré »en el forro de mi sombrero. Ponme tú en »él las tuyas.» ¡Muy bien!

MAR. ¡Lo que discurren estos demonios!

JUAN Te aseguro que no se me hubiese ocurrido á mí con todos mis años. «No dejes de ha»cerlo así, y empieza, si puedes, contestán»dome por ese medio si vas ó no esta noche »al teatro. Tuyo, siempre tuyo, Fernando.» Suyo... suya... ¿Y dónde está ese mequetrefe?

MAR. Ha entrado en el cuarto de Enrique.

JUAN Estoy por hacerle salir por el balcón.

MAR. Pero, Clara... ¡Vamos, no vuelvo de mi asombro!

JUAN ¡Ah, tú creías sin duda que todavía jugaba á las muñecas! No, ahora empieza á jugar á los muñecos. No lo extraño. Lo malo es que ese caballerito tendrá gana de gastar el tiempo y de levantar de cascos á la muchacha... ¡Oh, yo lo evitaré! Te lo aseguro. ¿Dónde está Clara?

MAR. ¡Con esa amiga suya en su cuarto!

JUAN ¡Ah, no!... Mejor es... (Va á la mesa y escribe.)

MAR. ¿Qué vas á hacer?

JUAN A poner á ese joven la contestación en el sombrero.

MAR. Hombre...

JUAN ¡Ya verás!... ¡Ya verás! ¡Pues hombre, bonito método iba á enseñar á la muchacha! Así, perfectamente... (Leyendo.) «¡Caballerito, si »vuelve usted á poner los pies en esta casa »y á escribir cartitas á Clara, le pego un »puntapié que lo vuelvo loco!»

MAR. Pero hombre...

JUAN Así, así; pocas palabras. ¿Dónde está su sombrero? ¡Ah! debe ser éste. F. C. Sí, éste es. No, en el forro no; así, para que lo vea más pronto. (Mete el papel dentro del sombrero y lo deja sobre la mesa.)

ESCENA XXI

DICHOS y CLARA, por la derecha

CLARA (¡Infame, engañarme así!)

MAR. ¡Clara!

CLARA (De mala manera.) ¿Qué?

JUAN (¡No le digas nada!)

MAR. ¿Se marchó ya tu amiga?

CLARA ¡Sí, ya se marchó!

MAR. ¿Qué manera de contestar á tu madre es esa?

CLARA ¡Déjame en paz!

JUAN (¡Cállate!)

MAR. No es posible que calle. Has de saber que ese amigo de Enrique, ese Fernando... me ha confundido con la criada...

CLARA ¿Y tengo yo la culpa de eso? ¡Es natural! Te ve así, con esa facha... La ponéis á una en ridículo... ¡Estoy abochornada!

MAR. Niña...

CLARA ¡Bonito humor tengo yo ahora para venirme con tonterías!

MAR. ¡Pero tú oyes!

JUAN ¡Calla! (María debe haberse quedado junto á la puerta por donde salen Enrique y el Vizconde para que éste no la vea hasta que sea preciso.)

ESCENA XXII

DICHOS, ENRIQUE y el VIZCONDE

CLARA (¡Ah, él!)

VIZC. (A don Juan.) Servidor de usted.

JUAN Buenas tardes.

VIZC. Señorita...

CLARA (¡Traidor!)

VIZC. (¡Uy! Ya lo sabe.)

ENR. Almorzaremos pronto, ¿eh? Porque tengo que salir con éste.

JUAN ¡No! Esta tarde te necesito.

ENR. Pero. .

JUAN ¡No sales!...

VIZC. (¡Qué hombre tan grosero!)

CLARA (*En voz baja á María.*) (No estés aquí de esa facha. ¡Vete!)

VIZC. En ese caso... con permiso de ustedes me retiro (*A Enrique.*) Mañana volveré.

ENR. Sí... dispensa...

JUAN Tome usted. (*Dándole el sombrero.*) Tome usted.

VIZC. Gracias. (¡Ah!) (*Coge la carta y la guarda rápidamente.*)

JUAN (Ya la pescó.)

VIZC. (¡Y me la ha dado el padre! ¡Esto es divino!) Beso á usted la mano. A los pies de usted.

JUAN ¡Ah! Se me olvidaba... ¡María! (*Llamándola y presentándosela al Vizconde.*) Tengo el gusto de presentar á usted mi esposa...

VIZC. ¡Cómo! ¡Usted! ¡Señora... beso á usted la mano! ¡Caballero, á los pies de usted! ¡Qué plancha! ¡Qué plancha! ¡Qué plancha! (*Vase derribando una silla completamente aturdido por el foro derecha.*)

ENR. ¡Qué bochorno!

CLARA ¡Qué vergüenza!

JUAN (*A María.*) Ese orguilito se lo hemos alimentado nosotros.

MAR. (Ya se lo bajaremos.) (*Al oído.*)

(*Para formar el cuadro final deben quedar Enrique á la derecha, sentado; Clara á la izquierda, sentada también, y ambos volviendo la espalda á don Juan y María que están en el centro de la escena. Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que el anterior

ESCENA PRIMERA

CLARA y ENRIQUE. Aquélla cosiendo y éste escribiendo

ENR. Pues señor, es capricho tenerme aquí dos horas copiando. Bien podía mi señor papá tener un escribiente.

CLARA ¡Ay, Enrique, me voy figurando que no puede!

ENR. (Levantándose.) ¿Qué dices?

CLARA Lo que oyes. ¿No has notado la economía conque viven? ¿No ves qué casa y qué muebles y qué todo?

ENR. En eso tienes razón.

CLARA ¿No has oído á mamá regañar á la criada porque ha traído para almorzar merluza á seis reales la libra? Esto prueba que no están en buena posición. ¡Y yo que creía!... Te aseguro que me da muy mal rato... A mí ya me había extrañado mucho que para salir del colegio me mandaran aquel equipo; me han puesto en ridículo. Figúrate enviarme nada más que tres vestidos, una miseria... cuando á todas las colegialas les man-

dan sus familias infinidad de trajes de todas clases; lo natural, señor, lo natural. Pero, ¡ay, Enrique! voy viendo que no han podido hacer otra cosa, y esto me preocupa... Porque... ya ves; si en estas cosas pequeñas escatiman así... figúrate en cosas de más entidad, como por ejemplo, en mi dote. Y esto es importantísimo. Elvira me dijo que la que no tiene un buen dote, abur Madrid, no encuentra marido por un ojo de la cara ¡Y vete tú figurando el dote que tendrá la hija de un señor que no puede pagar seis reales por una libra de merluza! (Sollozando.)

ENR. Chica, tú te fijas en unas tonterías... Eso no pasa de ser una aprensión tuya. (Se levanta y va junto á Clara.)

CLARA Sí, sí ¡Buena está la aprensión! ¡Desengáñate, si estuvieran en buena posición no me mandarían poner bocamangas á una levita de papá, hechas con pedazos de un vestido viejo de mamá!

ENR. Puede que sean un poco... ¿Eh? (Indicando con el puño.) Esto sin ofenderles.

CLARA También se me ha ocurrido á mí algo de eso.

ENR. Y así es sin duda, porque si estuviesen en mala posición no nos hubieran educado fuera de aquí costándoles muchísimo más que á su lado.

CLARA Eso es verdad.

ENR. Pues es claro. Es que son agarrados, no te quepa duda. Y es preciso que les acostumbremos desde el principio á no andar con tacañerías, porque si ahora les dejamos, será más difícil luego el que nos concedan lo que es natural en nuestra posición.

CLARA Es verdad; porque ya ves, tenemos que alternar con nuestros amigos... Estaría gracioso que quedásemos en segunda línea porque papá y mamá quisieran ahorrar dinero. Ahora estamos en la edad de gastar.

ENR. Eso es, eso es; hay que acostumbrarles á que no les duela.

ESCENA II

DICHOS y DON JUAN, por el foro derecha

JUAN Buenas tardes, señoritos.

CLARA Hola, papá.

ENR. ¿Vienes de la oficina?

JUAN De allí vengo, de cumplir con mi obligación. Y vosotros, ¿habéis trabajado también?

ENR. Yo ya he concluído eso.

CLARA Y yo estoy acabando.

JUAN Así me gusta. (A Enrique.) ¿Tú no has salido al fin?

ENR. Sí; estuve por ahí dando vueltas, pero me aburrí. Como iba sin dinero... No se me ocurrió pedírtelo...

JUAN No se te ocurrió, ¿eh? Pues mira, fué una buena ocurrencia, porque á fines de mes no es ocasión oportuna para peticiones de ese género.

ENR. (A Clara.) (¿No te digo?... ¡Son así!)

ESCENA III

DICHOS y MARÍA, por el foro izquierda

MAR. ¿A dónde diablos habrá ido ahora la criadita?

CLARA ¡Ay, mamá! La mandé yo á un recado.

MAR. ¿Tú?

CLARA Sí; á... á comprar unas sedas...

MAR. Pues si tienes en el costuréro sedas de todas clases.

CLARA No lo sabía. Ya terminé; ahí tienes la levita.

MAR. Veamos tu obra. Póntela, Juan. (Ayudándole á ponérsela.) Así, hija mía; poquito á poco irás acostumbrándote á estas labores, no tan brillantes como las del colegio; pero necesarias en una casa como la nuestra.

JUAN ¿Pero qué es esto? ¿Qué has hecho aquí?

MAR. ¿Qué tiene?

JUAN ¿No ves? Este par de fuelles. (Enseñándole la manga que, con el forro encogido, forma una especie de vuelo.)

MAR. ¡Jesús! ¡Qué atrocidad!

CLARA Qué, ¿qué tiene?

JUAN ¡Esto es un mamarracho!

MAR. Pero, hija, ¿dónde has tenido los ojos para hacer esto? Quítate eso, hombre, quítate eso. Si está todo el forro encogido.

JUAN (Quitándose la levita.) Pues si es esto todo lo que has aprendido en el dichoso colegio francés, medrados estamos.

CLARA En el colegio no me han enseñado á componer bocamangas.

MAR. Pero, hija, debes haber aprendido á coser. (Cosiendo.)

CLARA Claro está.

JUAN Pues lo que es por la muestra, no se conoce mucho. Sepamos qué has aprendido allí en tanto tiempo.

MAR. (Sentándose.) Sí, eso es; sepamos.

CLARA ¿Vais á examinarme ahora? (Con displicencia.)

MAR. No, mujer, no; pero dinos lo que sabes.

CLARA Pues sé tocar el piano...

JUAN Sí, ya te hemos oído tres polcas, bastante mal ejecutadas.

MAR. Hombre...

JUAN Sigue, sigue.

CLARA Sé dibujo de figura y paisaje, baile y equitación; sé geografía, historia natural, aritmética y gramática francesa...

JUAN ¿Y castellana?

CLARA No. (Con naturalidad.)

JUAN ¡Bien!

CLARA De labores, sé hacer toda clase de mallas, crochet, bordados al realce en cañamazo, flores de trapo, de cera, de papel...

MAR. Bueno, bueno que sepas todo eso, pero no basta...

CLARA ¡Ah, también sé tirar al blanco!

JUAN ¿Sí? Pues entonces no necesitas más; cuando se le rompa á tu marido un pantalón, en lugar de cosérselo. le pegas tres ó cuatro tiros y ya está arreglado.

MAR. Justo.

CLARA ¡Vaya una broma tonta! Como no pienso casarme con un hombre que necesite que yo le cosa los pantalones...

JUAN Hombre, bien; ¿tú qué sabes?

CLARA ¿No he de saberlo? ¡Pues me gusta!

JUAN ¿Sabes ya que tu marido ha de ser rico?

CLARA Sí, porque si no, no me casaré.

JUAN (Al oído á María.) (Malo, malo)

MAR. Hija, no digas eso.

ENR. Tienes muchísima razón, Clarita; yo pienso lo mismo; como no sea muy rica no me pesca ninguna... (A don Juan.)

JUAN ¿Qué sabes tú, monigote?

ENR. (¡Monigote!)

MAR. (A Clara.) Hija mía; bien que no pienses en que tu esposo sea tan pobre que no pueda darte lo necesario, pero... Desengáñate, cuando tu padre y yo nos casamos no teníamos sino lo preciso, y hemos sido muy felices.

JUAN Muy felices.

CLARA Pasaron ya aquellos tiempos de contigo pan y cebolla. Yo estoy por lo positivo.

JUAN (Al oído á María.) (¡Malo, malo, malo!) Veo que si en el colegio no has aprendido á coser, te han enseñado en cambio máximas muy convenientes. ¿Y tú, que has aprendido? (Volviéndose de pronto á Enrique)

ENR. Hombre, no sé á qué viene esa pregunta; me parece que ya sabes la nota que alcanzaba en todos los trimestres.

JUAN Sí, pero aún no me has dicho lo que sabes.

ENR. Pues sé gramática, historia universal, geografía, matemáticas, física, química, historia natural, retórica y poética, filosofía, francés, inglés, italiano, música, equitación, esgrima y baile.

JUAN Hijo, por lo visto eres una enciclopedia viviente. ¡Cuántos sabios hay que no saben tanto! Es verdaderamente un prodigio haber aprendido todo eso á tu edad.

MAR. ¡Hijo mío! (Abrazándole.)

JUAN (Cogiendo los papeles de la mesa.) Y buena letra, eso sí.. ¡y hasta sin h, y sociedad con z!—

¡Bendito sea ese colegio donde te han enseñado todo... menos lo que debías saber!

MAR. ¿Qué es eso?

JUAN Nada; que me ha echado á perder la memoria que debía presentar mañana mismo al Subsecretario.

ENR. Pero...

JUAN No, no es tuya la culpa, sino mía. No es extraño que habiéndote enviado á Francia no hayas aprendido el castellano. En cambio sabes equitación, y si yo no puedo sostener para tí un caballo, montarás en el palo de la escoba. No, no es tuya la culpa, sino mía, nuestra, mejor dicho. (Dirigiéndose á María.)

MAR. No te incomodes, Juan...

ENR. (¡Qué genio!... Me parece que me vuelvo con mi tío.) (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS menos ENRIQUE. Después MARTÍN por la segunda derecha

JUAN ¡Ay, María! ¡Qué error tan grande ha sido el nuestro!

MAR. Todo se arreglará; no te preocupes. (Viendo á Martín que sale.) Aquí tienes á Martín que está contentísimo.

JUAN ¿Pues?

MART. Sí, tío, sí; muy contento; el doctor me ha encargado gran parte de sus visitas, y me ha recibido con el mayor afecto.

JUAN ¡Cuánto me alegro!

CLARA Yo también, primo, yo también me alegro mucho.

MART. Gracias, gracias.

CLARA Por supuesto que te echarás carruaje al momento...

MART. ¿Carruaje? ¡Qué atrocidad!

CLARA Pues lo que es un médico sin coche...

JUAN ¡Ah! ¡Es claro, un médico sin coche no puede curar á ningún enfermo! Veo, hija mía, que eres tonta de capirote.

MART. ¡No, tío, no! Clara tiene razón en parte. Dos

medios hay de ejercer la profesión que he elegido. El uno es no visitar sino á los enfermos que puedan pagar dos ó tres duros por cada visita, gentes que suelen suponer, como mi prima, que un médico sin coche es poco más que un curandero; frecuentar los altos círculos, hacer visitas de cinco minutos, aun á los enfermos mas graves; hacerse mucho de rogar para asistirles, y colgarse en el pecho una condecoración. Otro de los caminos es visitar á pie á toda clase de enfermos, cobrarles la asistencia según la posición que ocupan, ser el consuelo de la familia del paciente, hablar á cada uno en el lenguaje que él habla, y buscar con afán esa gloria oscura del médico que, junto al moribundo lucha con la muerte, que quiere arrebatarle su presa, la vence al fin y sale de casa del enfermo sin cobrar tal vez los honorarios, pero llevando sobre sí las bendiciones de las personas queridas de aquel á quien casi ha sacado del sepulcro. ¡Gloria desconocida por la generalidad, gloria que vierte sus resplandores sólo entre las cuatro paredes de un dormitorio; pero que satisface el espíritu y que ensancha el alma! Yo he elegido este camino.

JUAN Bien, Martín; así me gusta.

MAR. Muy bien dicho.

CLARA Sí. (Pues por ese camino se hará millonario, de seguro.)

MART. Esta tarde buscaré habitación, y mañana abandonaré á ustedes.

JUAN ¿Por qué?

MART. La casa es pequeña, y con la venida de Clara y Enrique yo tengo que ser molesto por fuerza.

JUAN Si tu deseo es vivir más independiente, y para ello crees que necesitas no estar á nuestro lado, hazlo así; pero te aseguro que sentiré no tenerte con nosotros.

MAR. Sí que lo sentiremos.

MART. ¿Para mí qué mayor gusto que vivir con ustedes?

JUAN — Ah, pues entonces no se hable más de ello. Así como así necesitamos tener el médico en casa.
MART. — ¿Pues? (Con gran interés.)
JUAN — Porque, según veo, los dos señoritos están bastante malos de la cabeza.
CLARA — (Ofendida.) ¡Vaya!
MAR. — ¡Siempre tienes ganas de broma!
JUAN — Sí; hoy sobre todo.
MAR. — Os dejo; voy á ver si están calientes las planchas para empezar mi tarea.
CLARA — ¿Qué tarea, mamá?
MAR. — La plancha; hoy es viernes.
CLARA — Pero, ¿tú planchas?
MAR. — ¡Ya lo creo! ¿De qué te asombras? Y tú plancharás; yo te enseñaré si no sabes.
CLARA — ¿Yo planchar?
JUAN — Tú harás lo que te manden. ¡Caramba con la niñita.
MART. — (¡Y extrañan todo esto!)
MAR. — ¡No te incomodes, Juan; si no está acostumbrada!
CLARA — ¡Justo; me hará daño!
JUAN — ¡Lástima! ¡Qué delicada es la señorita!
CLARA — Dicen que planchando se caen los dientes
JUAN — ¡Te los pones postizos! Vé á ayudar á tu madre.
MAR. — Déjala, déjala hoy. Ya me ayudará otro día. (Vase por el foro izquierda.)
JUAN — Me tienen ya los señoritos hasta aquí. (Vase por la primera izquierda.) ¡Caramba con los señoritos!

ESCENA V

CLARA y MARTÍN

CLARA — Primo, ¿tú ves?
MART. — ¿Qué?
CLARA — Las rarezas de papá.
MART. — ¿Rarezas? No le he notado ninguna.
CLARA — Si quiere que yo planche...
MART. — No; no es eso.
CLARA — ¿Cómo que no?

MART. Lo que quiere es que no extrañes que tu mamá lo haga Y aunque quisiera que tú lo hicieses, tampoco sería rareza.

CLARA ¡Ah! ¡Tú crees!...

MART. Creo que una mujer de la clase media debe saber todo aquello que sea necesario en una casa. A no ser que tengas la seguridad de ser la esposa de algún hacendado ó algún aristócrata...

CLARA ¡Ay, Martín! Ya no puedo contar con mi novio aristocrático.

MART. ¿Quién?

CLARA El Vizconde.

MART. ¡Ah! ¡Es claro! Después de lo que sucedió ayer. . (Riéndose.)

CLARA No es por eso.

MART. Pues, ¿por qué?

CLARA Porque hacía el amor á mi amiga Elvira. ¿Tú ves qué infame? Ayer, hablando las dos, se descubrió todo.

MART. ¡Ya!

CLARA Y hace un rato le he enviado una carta por la criada, en que le digo: «Caballero, todo ha concluído entre nosotros. Ahí va su correspondencia; devuélvame usted por la dadora todo lo que tiene mío.—Clara.»

MART. Muy bien. ¿Sabes que estás ducha en ese género epístolar?

CLARA Me enseñó en el colegio Elvira. Las llamaba á éstas cartas de trueno.

MART. Y dí: ¿sientes tu rompimiento con el Vizconde?

CLARA ¡Yo! ¡Maldito lo que me importa! Parece un tití con aquellos bigotes...

MART. (¡Qué chiquilla!) Voy, con tu permiso, á cerrar esta carta.

CLARA Escribes a tu amada, ¿eh?

MART. No; escribo á mi mejor amigo. Le hablo de ella precisamente.

CLARA ¿Y qué le dices?

MART. Que me ha hecho sufrir un desengaño.

CLARA ¿Como á mí el Vizconde?

MART. No; no es de esa clase. Pero hablemos de otra cosa.

CLARA. Vaya, hijo, que eres reservado como tú sólo. Ni quieres que se hable de ella, ni quieres que vea su retrato... Anda, enséñamelo.

MART. No insistas en ello.

CLARA. Cada vez me convenzo más de que es feísima.

MART. ¡Ojalá!

CLARA. (¡Y de que mi primo es muy simpático!) (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA VI

MARTÍN. Luego ENRIQUE

MART. (Sentándose á la mesa.) ¿Habrá por aquí sobres? A ver... sí, aquí hay. (Coge uno y cierra la carta, escribiendo luego el sobre.)

ENR. ¿Qué haces?

MART. Cerrar esta carta, que voy á echar al correo

ENR. Saldremos juntos, á ver si se me pasa este mal humor.

MART. Pues, ¿qué te sucede? (Guardando la carta en la cartera-petaca de bolsillo.)

ENR. ¿Qué ha de sucederme? Que papá, por lo visto, no se hace cargo de las cosas, ni de las necesidades que uno tiene, y sospecho que vamos á tener muchos disgustos...

MART. No digas eso. Tu padre no ha de negarte nada que sea razonable.

ENR. Por de pronto, ya me ha dicho que no le pida dinero, y estoy hasta sin tabaco... Dame un cigarrillo.

MART. Toma todos los que quieras, hombre. (Dándole la cartera-petaca.)

ENR. ¡Anda, anda y vístete deprisa! Daremos una vuelta hasta la hora de comer.

MART. Vuelvo al instante. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA VII

ENRIQUE. Luego MARÍA y JUAN

ENR. (*Saca un cigarrillo, que luego enciende, y tira sobre la mesa la cartera.*) Yo necesito hacer comprender á papá que no es posible pasar sin que me asigne una cantidad para mis gastos. ¡Qué mal hice en no ahorrar algo de lo que me daba mi tío Antonio! ¡Aquél no me regateaba nada! (*Acercándose al balcón.*) ¡Vaya una callecita solitaria y fea! No pasa un alma. Como la vecindad no tenga algo de agradable... Hombre, sí. Allí hay una rubita cosiendo. ¡Qué mona es la rubita! (*Abriendo el balcón y saliendo á él.*)

MAR. (*Saliendo por el foro derecha con caja de guantes y factura.*) ¡Juan, Juan! ¿No está aquí? ¿Juan?

JUAN (*Dentro.*) Voy. (*Sale.*) ¿Qué quieres?

MAR. Toma; vienen á cobrar esta cuenta.

JUAN ¡Una cuenta! A ver, trae.—¿Qué es esto? (*Leyendo.*) «*El buen gusto.* Una caja de guantes, cincuenta pesetas.» Toma, esto no es para aquí. Se han equivocado sin duda.

MAR. Como preguntaron por el señor Fernández ..

ENR. (*Saliendo del balcón.*) ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Han traido ya mis guantes? A ver.

JUAN ¡Cómo!

MAR. ¿Qué?

JUAN ¿Son para tí esos guantes?

ENR. Sí. He comprado varias cosas; ya las traerán. A ver si os gustan los colores.

JUAN Este muchacho es tonto de remate. ¡Cincuenta pesetas en guantes! Pues no las he gastado yo en toda mi vida.

ENR. Pero papá...

JUAN ¡Pero demonio! ¿Tú quieres que pague diez duros por esto?

ENR. ¿Pues quién ha de pagarlos? Yo no llevaba dinero... por eso dije que trajeran la cuenta.

JUAN Los has comprado, los has hecho traer, debo

pagarlos. María, da el dinero al que los ha traído.

MAR. Pero Juan ..

JUAN Págalos. (Vase María.)

ESCENA VIII

DON JUAN y ENRIQUE

JUAN Es tal nuestra posición, que un gasto extraordinario de cincuenta pesetas puede hacer que no baste mi sueldo para que comamos hasta fin de mes; si en este sucede eso, pondremos para almorzar un par de guantes a cada uno. ¿Te parece bien?

ENR. Papá, yo creía...

JUAN Tú creíste que podías gastar eso en una cosa superflua; pues no, hijo mío, no, no puedes.

ENR. ¡Ah! que no los paguen, yo los devolveré. ¿Cómo había yo de creer?...

JUAN Deja, ya están pagados; pero sírvate esto de regla para lo sucesivo. Haciendo grandes sacrificios os hemos tenido lejos de nosotros á tu hermana y á tí; cuando creíamos encontraros con una educación completa, os vemos llegar ignorando todo aquello que debíais saber, sabiendo mucho que debíais ignorar, con hábitos que no podéis seguir y con necesidades que no podemos satisfacer. Esto me aflige; mi error, cuyas consecuencias toco ahora, me hace temblar por vuestro porvenir y me estremezco ante la idea de que deseando haceros felices haya labrado vuestra desgracia.

ENR. Pero Papá...

JUAN No es tuya la culpa, ya lo sé.

ENR. Si se necesita en la casa lo que yo pueda ganar, no seguiré una carrera, que siempre cuesta mucho, sino que ganaré...

JUAN (¡Pobre hijo mío!) ¿Ganarás? ¿Cómo? ¿Dónde?

ENR. El tío tiene grandes relaciones.. pueden darme un destino.

JUAN (Irritado.) Eso es, el recurso de la gente inútil. No sirvo para nada, no sé nada, que me mantenga la nación. ¡Así anda ella! No; si nada sabes aprenderás, y si cuando sepas quieres, prefiriéndolo á otra carrera, servir al Estado, lo harás como lo he hecho yo. ¡Harta gente inútil vive á su costa, para que vayas tú á aumentar el número! ¿Una sanguijuelita más al presupuesto? No seré yo quien se la ponga. ¡Pues hombre! (Vase.)

ESCENA IX

ENRIQUE. Después CLARA

ENR. (Que queda pensativo. Dando una patada en el suelo.) ¡Tiene razón! ¿Dónde encontraría yo diez duros?

CLARA (Entrando.) Enrique.

ENR. ¿Qué?

CLARA (Con misterio.) ¿Anda por ahí mamá?

ENR. No sé. ¿Tienes tú diez duros?

CLARA ¡Qué he de tener yo! Conque le he pedido á mamá para mis gastos de este mes y me ha dado dos pesetas .. ¿Y papá? ¿Anda por ahí?

ENR. ¡Qué sé yo!

CLARA Es que temo que descubran esto que acaba de traerme la criada. ¡Infame! Dice que las dió con la mayor indiferencia. ¡Quiera usted á los hombres para esto! (Sacando un gran paquete de cartas.) Deles usted estas pruebas de cariño. (Ocultándolo al ver á Martín.) ¡Ah!

ESCENA X

DICHOS. MARTÍN

MART. ¿Qué es eso?

CLARA ¡Creí que era papá, y me has dado un susto!...

MART. ¿Por qué?

ENR. (De pronto, levantándose.) Ya tengo los diez duros.

MART. ¿Dónde vas? ¿No vienes conmigo?

ENR. Sí, espera un momento. (Vase rápidamente por la segunda derecha.)

ESCENA XI

MARTÍN y CLARA

CLARA Mira. Aquí está toda mi correspondencia amorosa con el Vizconde. (Desenvolviendo el paquete.)

MART. ¿No es nada más que eso?

CLARA Ya ves, no hemos estado más que dos meses en relaciones.

MART. Pues si llegan á durar un año agotais los almacenes de papel.

CLARA Vas á ver, vas á ver... (Va á la mesa para abrir el paquete,) Ten cuidado no vengan papá ó mamá.

MART. No vienen.

CLARA (¡Ah! la cartera .. Aquí está el retráto... Se la pesqué) (La guarda con prontitud.)

MART. (Viendo reir á Clara.) ¿De qué te ríes?

CLARA Ya lo sabrás. (¡Si él lo supiera!) Mira, mira la primera carta que le escribí. Perfumada con violeta. Todavía huele. ¡Ha durado más el perfume que su amor!

MART. Está bien puesta. (Después de leerla.)

CLARA Elvira me la dictó.

MART. ¡Siempre Elvira!

CLARA Como que éramos las inseparables. Por cierto que la he encontrado algo cambiada. Ayer se echó á reir cuando le dije que el Vizconde me hacía el amor; en vez de condolerse de que me hubiera engañado, parecía que le gustaba ser mi rival. Y luego, al oir que mamá me había dicho que no iríamos al teatro sino una vez al mes, porque costaba muy caro, se echó á reir á carcajadas, diciendo: «Pues, hija, nosotros tenemos palco á diario en el Real, y los días de moda en la Comedia, en el Español y en Lara...» Y así .. como con aire de protección,

ofreció llevarme algún día. Y me hizo saber que tenía carretela y berlina, y se pavoneaba por mi cuarto para que viese bien el vestido que traía. ¡Estaba insufrible! Creo que no voy á verla.

MART. (Mujer al fin.) Y todas estas cartas, ¿qué dicen?

CLARA Léelas, si quieres, y rómpelas luego, no vaya á verlas papá.

MART. (Cuando me las da ella...) (Las envuelve en el papel.)

CLARA Aquí está el rizo de pelo que le regalé el día de su santo.

MART. (Después de cogerlo.) (¡Ah, prenda mal apreciada!) (Lo besa á hurtadillas.)

CLARA Me alegro de habérselo dado del postizo. (Martín tira el rizo y se pasa la mano por los labios.)

ESCENA XII

DICHOS, ENRIQUE, ocultando detrás el neceser

ENR. Vamos cuando quieras, Martín.

MART. Sí, vamos. (Enrique da vueltas para ocultar el neceser á la vista de Clara.) ¿Dónde lo habré puesto?

CLARA (¡Adiós, se acordó de la cartera!)

ENR. ¿Qué buscas? Vamos...

MART. El sombrero. Aquí está. Cuando quieras.

CLARA (No se acordó.)

MART. Hasta luego

CLARA Adiós, adiós. (Acompañándoles hasta la puerta, lo cual obliga á Enrique á ocultar el estuche delante y detrás alternativamente.)

ESCENA XIII

CLARA

(Viene riendo hasta el proscenio y saca la cartera.) ¡Pero qué lance tan graciosísimo! ¡Cómo ha de figurarse que voy á conocer á la incógni-

ta señora de sus pensamientos! (Abriendo la cartera.) De seguro es algún mamarracho de provincia. (Sorprendida.) ¡Eh, un retrato mío... ¡Y no hay más que este!—¡Soy yo; yo!—No puede ser.—Pero si no hay otro. ¿Será posible? ¿Y por qué no? ¿No soy ya una mujer?... ¡Pobre Martín! Pero .. ¿será verdad?—¡Sí, no hay duda!... Sus palabras de ayer... su manera de decirme lo que es amor... ¡Y por cierto que lo decía muy bien! Y su modo de mirarme, sí señor; aquellas miradas... Pero ¿cómo no lo habré yo conocido antes? Me quiere, me quiere; no hay duda. Ahora verá el Vizconde que maldita la falta que me hace su cariño.—¡Ay! ¿Por qué le habré yo dicho á Martín lo del Vizconde? ¡Cuánto habrá sufrido el pobre! Así decía que había tenido un desengaño.—Pero, ¿por qué no me lo ha dicho? No se ha atrevido sin duda. ¡Y éste sí que me quiere de veras! Bien decía él, que el verdadero amor suele vivir oculto.—Pero, y si es una casualidad tener aquí mi retrato?... ¿Si no seré yo? (Dando vueltas á la cartera.) ¡Ah! Esta es la carta que estaba escribiendo á su amigo... Y me dijo que le hablaba de *ella*... ¿Si seré yo ella? ¿Qué puede decirle de mí?—La leería de buena gana... Está cerrada... ¡Si yo me atreviera á abrirla!... (Mirándola al trasluz.) ¿Qué le dirá?... (Procurando despegar el sobre.) No la abro, no. (Rompiendo el sobre.) ¡Ay, se rompió! Pues lo que es ahora, ya... (Observa en todas las puertas. Se acerca al proscenio vivamente agitada. Abre la carta, y al ir á leerla, la oculta creyendo que viene gente.) No. (Tranquilizándose.) No es nadie. (Leyendo.) «Queridísimo Pepe.» (Leyendo entre dientes todos los párrafos que empiezan.) «He llegado muy bien...» «Mi entrevista con el doctor...» «Y, sin embargo, estoy triste...»—(Dejando de leer.) Aquí está (Leyendo.) «La he visto. Ha llegado á Madrid el mismo día que yo.» —Yo soy. (Con alegría. Leyendo.) Tú que conoces mis más ocultos pensamientos, tú, que sabes cuanto la quiero, comprenderás lo

profundo de mi desencanto...»—Sí, «mi desencanto» dice;—«cuando pasado el primer momento feliz de volver á verla, he tenido ocasión de sondear su alma. Clara,»—yo; ya no hay duda—«Clara, (Continuando.) ha perdido en sentimientos todo lo que ha ganado en belleza. Yo dejé una niña cuyo corazón guardaba el germen de todas las virtudes; pero ¡ay! ese germen ha sido ahogado por una educación equivocada.»—¡Estoy sudando! (Se hace aire con la carta.)—«Clara tiene hoy necesidades que yo en mi posición no puedo satisfacer, ni son razonables en la suya.» -¡Que no son razonables!—«Ignora lo que una hija de familia no debe ignorar; para ella sería denigrante é imposible, (Muy marcado.) porque no sabe hacerlo, entrar en la cocina ó pegar un botón... Clara, en fin, no puede ser la madre de mis hijos.» (Dejando caer las manos y repitiendo lentamente.) ¡No puede ser la madre de mis hijos! Es decir, que... me cree indigna de él. . ¡Ah! (Estrujando la carta.) No, esto se lo ha dictado el despecho, el ver que no le quiero... Pero, ¿por qué supone que no le quiero?... Y sobre todo, ¿por qué me juzga tan inútil? Yo le probaré lo contrario. ¡Ah! (Ocultando la carta al ver á Martín.)

ESCENA XIV

CLARA y MARTÍN

MART. Se me ha olvidado una cosa.

CLARA (¡Ay, Dios mío!)

MART. Enrique me dijo que la había dejado sobre la mesa... (Buscando.) ¿Dónde diablos la habrá puesto?—¿Has visto por aquí una cartera?

CLARA (Ya pareció aquello.) No, yo... no.

MART. Enrique dice que la dejó aquí...

CLARA (¿Qué hago yo ahora? ¡Ah!) Pues... mira, si la dejó ahí... ahí debe estar. (Aprovechando el momento en que Martín se vuelve para mirar sobre

la mesa, tira la cartera debajo del sillón de escritorio.)

Mart. Pues no está.

Clara ¡Ah!... Te ayudaré á buscarla. (Bajándose.) Mírala. (La coge.)

Mart. (Vivamente.) Trae.

Clara No; no te la doy si no me prometes antes enseñarme el retrato.

Mart. Trae, trae acá.

Clara Prométemelo ó la abro.

Mart. No, por Dios.

Clara ¿Te incomodas? (Como resentida.) Toma, toma. (Dándosela.) Pero te advierto que la reserva trae á veces muy malas consecuencias.

Mart. ¿Por qué dices eso?

Clara Por nada.

Mart. No está la carta. (Después de abrir la cartera.)

Clara (Esto es lo malo.)

Mart. Juraría que la había metido aquí... ¿La habré dejado allá dentro? Voy á ver. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA XV

CLARA

¿Cómo salgo yo de este compromiso? Esta no la puedo tirar para que la encuentre. ¿Qué haré? ¡Ah, tiene escrito el sobre! Diré que la he mandado echar al correo: la quemo, y en paz.

ESCENA XVI

CLARA y MARTÍN

Clara (Guardando rápidamente la carta.) ¡Ah!

Mart. No la encuentro. Y lo siento mucho. Quería haberla puesto hoy mismo en el correo.

Clara (¡Qué prisa tiene por decir á su amigo que yo no sé pegar un botón!) Pero, ¿qué buscas? ¿Una carta?

MART. Sí.

CLARA ¿Para Valladolid? La he mandado ya. La ví ahí encima cerrada y con el sobre puesto...

MART. ¡Acabaras!... Y yo que me estaba volviendo el juicio... Vaya, te dejo.

CLARA Ven acá. Tengo que consultarte un asunto importantísimo. (Le coge un botón de la levita y juega con él mientras habla.)

MART. Alguna niñería.

CLARA Por supuesto .. Tú tienes formado de mí un concepto muy equivocado, pero muy equivocado.

MART. Hija, vas á arrancar el botón.

CLARA (Soltándolo.) No lo arranco.—Oye. Tú ya sabes que he tronado con el Vizconde. (Volviendo á coger el botón.)

MART. Sí ..

CLARA (¡Qué bien cosido está el maldito!) (Continúa tirando del botón,)

MART. Estate quieta, mujer. (Clara deja por un momento el botón y vuelve á cogerlo.)

CLARA Estoy tan preocupada que no sé lo que hago.

MART. ¿Pues qué te pasa?

CLARA Verás... ¡Ay! Se arrancó.

MART. ¿Lo ves, lo ves?...

CLARA Vamos, hombre, no te apures. Yo te lo coseré. No creas que no sé coser un botón.

MART. (Sorprendido.) ¡Eh!

CLARA (Va al costurero por aguja, etc.: vuelve y se pone á pegar el botón.) Pues sí, estoy muy preocupada. Y como tú eres un muchacho formal y de mucho talento... y me quieres... digo... me parece.

MART. Sí. (No lo sabes tú bien.)

CLARA Deseo que me aconsejes. (Pausa.) Tengo otro novio. (De pronto)

MART. ¡Otro! (Haciendo un vivo movimiento de sorpresa,)

CLARA ¡Ay!

MART. ¿Qué?...

CLARA Me he pinchado. ¡Como has hecho ese movimiento de sorpresa tan brusco!

MART. ¡No he de sorprenderme, si dejas un novio por la mañana y por la tarde tienes ya otro!

CLARA Si este no es de ahora. (*Cosiendo otra vez.*) Es decir, desde ahora le quiero yo, pero él me quiere hace mucho tiempo. Y no creas que es como el Vizconde. ¡Cá! Es un muchacho muy formal y de carrera.

MART. ¿Y rico?

CLARA No, no es rico. Pero me quiere mucho. Y yo quiero que me aconsejes. (*Dando vueltas al botón con la hebra de la seda y mirando fijamente á Martín.*)

MART. ¿Yo qué he de aconsejarte?

CLARA Ya está. (*Concluyendo de pegar el botón.*) ¿A que no se te arranca ahora?

MART. Gracias.

CLARA Conque, ¿no me dices nada?

MART. ¿Qué quieres que te diga al verte entusiasmada con lo que no será más que un nuevo pasatiempo?

CLARA No lo creas. Mira, cuando tenía amores con el Vizconde, los tenía porque mis amigas vieran que no estaba sin novio, y que me hacía el amor un muchacho elegante, y rico y título. Ahora lo conozco; le quería más bien por vanidad, porque si hubiera sido amor, no creo que se me hubiera pasado tan pronto.

MART. Cierto.

CLARA Pues bien... ahora... es muy distinto. El que me quiere, quizás no tiene tantas condiciones para halagar mi amor propio como el Vizconde; pero en cambio, sé que me quiere de veras y... te lo confieso: aunque él no me quisiera, no podría yo menos de amarle. Y esto no se lo digo más que á tí, porque sé que no has de burlarte, porque amas... Ya me libraría yo bien de contárselo á ninguna amiga. No sé por qué, este amor.. me gusta tenerlo guardadito, para mí sola.

MART. (¡Dios mío!)

CLARA Y él no me ha dicho todavía que me quiere. ¿Qué hago yo?

MART. Clara, no me pidas consejo en estas cosas... Sin querer me estás haciendo daño.

CLARA ¡Ah! ¿Te hago daño? (Me alegro.) Pues en-

tonces, no hablemos más de ello. Me callaré, sufriré sola... (Se sienta.)

MART. Sí, no hablemos... (Dirigiéndose á la puerta del foro.)

CLARA (No me dice nada...) Oye. (Levantándose.)

MART. ¿Qué?

CLARA Tengo que hablarte también de otra cosa.

MART. Habla.

CLARA (Mirando al suelo.) Ya sé quien es... la que tú querías.

MART. ¿Qué dices?

CLARA Que lo sé... positivamente.

MART. Imposible.

CLARA Te digo que lo sé.

MART. ¿Cómo?... ¿Quién te ha dicho?...

CLARA Nadie... pero lo sé.

MART. Habla, explícame...

CLARA Te dejaste la cartera...

MART. !Eh! ¿La has visto?...

CLARA Sí. (Cada vez más confusa.)

MART. ¡Clara!...

CLARA (Sacando la carta del bolsillo.) Y he leído...

MART. ¡Jesús! Trae, trae esa carta. ¿Cómo te has atrevido á abrirla?

CLARA La curiosidad... el interés... Como me dijiste que hablabas de ella..

MART. (Con gozo.) ¡Ah! Clara... Yo...

ESCENA XVII

DICHOS y MARÍA

MART. ¡Tía!

CLARA (Ya me pesa habérselo dicho.)

MAR. ¿Qué quieres?

MART. Anunciar á usted que esta misma tarde les dejo.

MAR. ¿Por qué?

CLARA (¡Dios mío!)

MAR. ¿Pero no habías dicho que te quedabas?

MART. Es imposible.

MAR. ¿Pues qué ha pasado aquí? ¡Juan! ¡Juan! (Llamando.)

ESCENA XVIII

DICHOS y JUAN

JUAN (Saliendo.) ¿Qué?

MAR. Martín, díselo á tu tío.

MART. Tengo ya casa y dejo á ustedes hoy mismo.

JUAN ¿Pero por qué?

MART. Ya es imposible mi permanencia aquí.

CLARA (Ahora que yo le quiero.)

MART. Volveré para no separarme de ustedes, si soy tan feliz que me creen digno de ser su hijo.

CLARA ¡Ah!

MAR. }
JUAN } ¿Eh? ¿Cómo?

MART. Amo á Clara.

MAR. ¿Y ella? (Clara se tapa la cara con el pañuelo.)

JUAN Pero, hombre, aún es muy niña, y se puede decir que apenas la conoces.

CLARA ¡No, papá, eso no! ¡Me conoce, me conoce bastante! (Muy rápido.)

MAR. ¡Hija mía! ¡Con él serás feliz!

MART. ¡Oh, yo al menos procuraré que lo sea!

MAR. ¡Hijos míos! (Abrazándoles.)

JUAN (¡Madre al fin! ¡Ya se le está cayendo la baba!) (Acercándose.) Pues yo solo tengo un disgusto.

MAR. }
MART. } ¿Cuál?
CLARA }

JUAN Empezar á ser suegro en la flor de mi edad.

ESCENA ULTIMA

TODOS

ENR. (Entrando.) Papá... (Trayéndole al proscenio.) Aquí tienes los diez duros de los guantes.

JUAN ¿De dónde has sacado ese dinero?

ENR. (Casi llorando.) He vendido el estuche de afeitarme.

JUAN ¡Pobre hijo mío! Este sencillo rasgo revela toda la bondad que hay en el fondo de tu alma. Yo sabré aprovecharlo para deshacer mi error. (*A Martín y Clara.*) Y á vosotros sólo me resta daros un consejo. Cuando tengáis hijos, es decir, cuando yo sea abuelo, educadles para algo más útil que ser sencillamente unos SEÑORITOS.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DRAMATICAS DEL MISMO AUTOR

Un sarao y una soirée [1], zarzuela en dos actos y en verso, original, música del maestro Arrieta. (Tercera edición.)

El figle enamorado, sainete original, música del mismo maestro

La mujer del prójimo, comedia en un acto y en verso, original.

De Madrid á Biarritz [2], zarzuela original, en dos actos y en prosa, música del maestro Arrieta.

Más vale tarde que nunca, proverbio original y en prosa, en un acto.

Perro, 3, 3.° izquierda [3], juguete cómico en un acto, original y en prosa.

¡Chi ón! [3]. ídem ídem.

Un palomino atontado, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo del francés, música del maestro Rogel.

Un cuarto desalquilado, pasillo cómico, original y en verso.

Se continuará, juguete en un acto, escrito sobre un pensamiento francés.

Esperanza, zarzuela dramática en dos actos y en verso, original, música del maestro Cereceda.

Las medias naranjas [3], comedia en dos actos, en prosa, imitada del italiano.

Eva y Adán, juguete cómico, original y en verso.

La hoja de parra, juguete cómico-lírico, en verso, original, música del maestro Marqués.

La gallina ciega, zarzuela cómica, en dos actos y en prosa, imitada del francés, música del maestro Caballero. (Tercera edición.)

Levantar muertos [4], juguete cómico en dos actos y en prosa.

El domador de fieras [3], sainete lírico, escrito sobre el asunto de un vaudeville, música del maestro Barbieri.

Doce retratos seis reales, pasillo cómico, original y en verso. (Quinta edición.)

León y leona, entremés, en prosa, original.

Cada loco con su tema, juguete cómico, original, en un acto y en prosa.

Los señoritos, comedia en tres actos, original y en prosa.

Los señoritos, refundida en dos actos. (Segunda edición.)

La viuda del zurrador [5], parodia en un acto y en verso.

La clave [3], zarzuela en dos actos, música del maestro Caballero.

La mamá política, comedia en dos actos, original y en prosa.

La Marsellesa, zarzuela en tres actos, original y en verso, música del maestro Caballero. (Quinta edición.)

La careta verde, comedia de gracioso, en dos actos, original y en prosa. (Cuarta edición.)

El siglo que viene [2], zarzuela cómico-fantástica, original, en tres actos y en prosa, música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

El año sin juicio, revista cómica, original, en un acto.

Los madriles, revista cómica, original, en dos actos.

Los sobrinos del capitán Grant, novela cómico-lírico-dramática, en cuatro actos, música del maestro Caballero. (Sexta edición.)

El empresario de Valdemorillo, revista cómica en dos actos, original.

El diablo cojuelo, revista en tres actos, música del maestro Barbieri.

El noveno mandamiento, comedia en tres actos, original y en prosa.

Las dos princesas, zarzuela en tres actos, arreglada del francés con música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

Esto, lo otro y lo de más allá, revista cómica, original, en un acto.

Periquito [5], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

La ocasión la pintan calva [5], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡Adios, Madrid! [5], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

¡Adiós, Madrid! [5], refundida en dos actos.

De tiros largos [5], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa. (Cuarta edición.)

La primera cura [5], comedia en tres actos y en verso, original.

La primera cura [5], refundida en dos actos.

La calandria [5], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Cuarta edición.)

El hijo de la nieve [5], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.

Robo en despoblado [5], comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

La tempestad, melodrama, original, en tres actos, en verso y prosa, música del maestro Chapí. (Décima edición.)

La mujer del sereno, comedia original en un acto y en prosa. (Tercera edición.)

La criatura, humorada cómica original, en un acto y en prosa. (Tercera edición.)

La almoneda del 3.° [5], comedia en dos actos, original y en prosa.

Papeles son papeles..., proverbio en un acto, original y en prosa.

Coro de señoras [5], pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

Golondrina, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

El padrón municipal [5], juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

Los lobos marinos [5], zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

La bruja, zarzuela en tres actos, y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

El señor gobernador [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

El chaleco blanco, episodio cómico-lírico en un acto, en prosa, original, música del maestro Chueca. (Tercera edición.)

El rey que rabió [5], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

El oso muerto [5] comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

Zaragüeta [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Séptima edición.)

El bigote rubio, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

Agua, azucarillos y aguardiente. pasillo veraniego, original, en verso y prosa, música del maestro Chueca. (Cuarta edición.)

El espejo del alma, proverbio cómico en un acto y en prosa, original.

La muela del juicio, pasillo cómico, original y en prosa.

Circe, ópera en tres actos, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

LIBROS

Colorín colorao... Cuentos en prosa. Un tomo de 332 páginas.

Zarzamora, novela.

---

1 En colaboración con el Sr. Lustonó.

2 Idem íd., Coello.

3 Idem íd., Campo-Arana.

4 Idem íd., Blasco.

5 Idem íd., Vital Aza.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles*.